

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurora Perez Miron.—*La Providencia*, por D.^a Angela Grassi.—*Fé, Esperanza y Caridad* (poesía), por D.^a Antonia Diaz de Lamarque.—*La Hermosura del alma* (continuacion), por D.^a Micaela de Silva.—*Recoletos y el Prado*, por D. A. F. Grilo.—*Modas*.—**LÁMINA:** *Figurin*, núm. 822 bis.

REVISTA DE MODAS.



OMO todos los años en esta estacion podríamos empezar nuestra *Revista*, diciendo: ¿dónde está Madrid? Madrid emigra! Madrid se traslada á Biarritz y á San Juan de Luz, á los bosques de la Granja ó á las playas de Deva y San Sebastian. Allí le seguiremos, allí nos trasladarémos, no con el auxilio del vapor, sino en alas del pensamiento, y reflejaremos en él como en una cámara oscura trajes, costumbres, fiestas y episodios para presentarlos á las que con nosotros compartan las brisas del Prado y las armonías de los jardines de Apolo.

Muchas por fortuna son las que hasta ahora animan con su presencia la corte, y difícilmente al contemplar el paseo citado ó asistir á los últimos conciertos del lindo jardín de la calle de Recoletos, podríamos decir... Madrid emigra!

Con los días calurosos han reaparecido en toda su fuerza los trajes blancos con viso ó sin él, y sencillamente ceñidos con un cinturon: algunos hemos visto con peplum del mismo linon, otros con paletot ó peplum de encaje negro, que hace resaltar aun mas la lijereza y blancura del vestido. Nada mas propio ni que mas favorezca en esta estacion! Desde que empezaron á adoptarse las telas de un solo color, el blanco es el color del estío! Blanco con bullones, con guipures, con cinturones flotantes, ó con visos de color para el paseo y el salon; blanco, terminada la falda por un simple jareton, para casa y para la mañana en los baños.

La forma de los trajes es siempre la misma; el

gusto griego y romano, que va dejando aparecer á la mujer tal cual es! Hoy, la verdad va ya disputándola al artificio, y este es un progreso de buen gusto, si se mantiene el adelanto en un límite razonable.

Las *gasas marquesa*, los tejidos sultana y otros mil de lana trasparente y abrigada, compiten para los trajes de la estacion con el organdí, siempre vaporoso, siempre distinguido. Los cuerpos continúan haciéndose á la griega, rizados, cuadrados del escote, y con peplum, ó redondos, completándolos un fichú Maria Antonieta. De seguro todas las damas verdaderamente elegantes, celebran la reaparicion de esta prenda. El fichú es el complemento, el último toque de graciosa coquetería del traje de la mujer! Hácense como siempre, blancos ó negros, con bullones ó sin ellos, ofreciendo dos lindos modelos de estos fichús nuestro adjunto figurin de objetos sueltos.

Los paletots, siguen haciéndose holgados, aunque marcando todos los contornos del cuerpo: unos, para campo, iguales á la falda corta del traje, y algunos, para calle, negros; los de mas novedad, con profundos picos en el bajo. En trajes de color, para campo, hemos visto estos paletots de picos guarnecidos de bieses de color contrario, y la falda cortada á picos tambien, y adornada lo mismo, descansando sobre saya de otro color; esta combinacion producía un efecto extraño y nuevo.

Tenemos cuentas pendientes respecto de los sombreros, y vamos á saldarlas; ya tenemos indicado que la forma decididamente adoptada para ca-



lle, es el sombrero *Lamballe*; ese sombrero microscópico, que tiene poca mas estension que un solideo, escondido entre el peinado. Las caricaturas y los escritores satíricos del vecino Imperio, empiezan á ridiculizar esta prenda del atavío femenino... ¿Conseguirá su lápiz y su ingénio destruirla? El miriñaque, siempre ultrajado y siempre vencedor, hace oscilar negativamente sus aceros, diciéndonos lo poco que influyen en la variacion de las Modas los dardos de la sátira.

El sombrero *Lamballe*, se presenta en su última transformacion con una pequeña punta hácia la frente que le hace aparecer mas gracioso: ejecútanse en tul y crespon bullonados, atravesados por tiras de paja calada, ó de guirnalda de yedra salpicada de gotas de agua (cristal). Los sembrados de margaritas, los orillados de estas flores, ó de jazmines, continuándose en cadena debajo de la barba, obtienen gran favor, si bien las personas de verdadero gusto prefieren las bridas y dobles bridas de tul, crespon ó encaje sobre las de cinta, lo que hace distinguir un sombrero de vestir de un sombrero de campo; en esta misma forma *Lamballe*, los hemos visto de paja de arroz, orillados de flecos de perlas, ó de flores margaritas, que podian llamarse un verdadero capricho de la Moda. La forma *fanchon* puede contarse por el momento relegada al olvido, y solo adoptada por personas que por su carácter grave no quieren significarse nunca por las transformaciones de la Moda.

En sombreros de campo hay una variedad como no se habia conocido ningun año, y la señora que no adopte forma y adornos que sienten bien á su rostro, puede decirse que no se ha tomado el trabajo de buscarlos. ¡Son tantas las formas que autoriza la Moda! La Pamela primitiva, rodeada la copa de margaritas ó verbenas, ha sido la preferida por muchas jóvenes de nuestra aristocracia al abandonar la corte; el caprichoso sombrero *Mandarin*, mas recogido que aquella y no menos gracioso, guarnecido tambien de las mismas flores, le hace competencia casi con ventaja, y en segundo término, ofreciendo humildemente sus servicios tan útiles, si bien menos ostentosos, se ven los sombreros de formas *inglesa* y *marinera* con cinta, plumas y velo. ¡La Moda en sombreros de campo se presta á satisfacer todos los gustos! ¡No podemos tacharla de tiránica!

No concluiremos estos detalles que interesan en particular á las espedicionarias, sin aconsejarles que escondan en una caja dedicada á objetos de tocador el *jabon oriza*, la pomada *Ninon de Nenclos*, y el *polvo oriza*, que es el polvo de arroz mas excelente que ha inventado hasta ahora la industria perfumista. Con estos sencillos preparativos, y una sombrilla de corto palo y de mayor diámetro que las actuales, como las aconseja la Moda este año, puede la dama de mas delicado cutis arrostrar las injurias del sol y del aire á orillas del mar.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

LA PROVIDENCIA.

—¡Sí! me decía no há mucho un venerable Misionero, que acababa de dar la vuelta al mundo; ¡sí, la Providencia se vale de medios maravillosos é increíbles para hacer ostentacion de su sabiduría infinita! ¡Qué contraste tan admirable entre los panoramas de la virgen América y los desiertos del Africa; entre las magnificencias del Asia y los cultivados campos de la Europa! ¡Qué contraste entre la unida superficie de los mares, y la tierra erizada de picos escarpados, de altas cumbres cubiertas por la nieve! Y no obstante, á derecha é izquierda, arriba y abajo, se agitan y pululan millares de criaturas, y todas tienen sus condiciones de vida, su alimento preparado! Desde el habitante del Congo, tostado por los ardientes rayos del sol, hasta el de la Laponia, entumecido por el frío, todos bendicen á la Providencia y se consideran felices con sus dones.

En uno de mis viajes visité este último país, procuran-

do sembrar en él la palabra del Crucificado. Desembarqué en Arcángel, capital de la Laponia Rusa, situada cerca de la embocadura del Drina, en el mar Blanco, ciudad grande, supuesto que consta de unas 1,200 casas, aunque estas son de madera; las calles están mal empedradas, y no tiene ningun edificio notable, si se exceptuan quince iglesias, un gimnasio y dos grandes astilleros. Permanecí poco tiempo en la ciudad, y apoyado en mi nudoso baston de viaje, me interné por el país desafiando el hielo, ó mas bien derritiendo el hielo con el calor de la fé evangélica que me abrasaba el pecho. ¡Triste era el panorama que se iba desarrollando delante de mis ojos! Altos y pelados montes, llanos desiertos y rios congelados, era lo único que se ofrecia á mi vista!

En el país llano, hallé algunos prados, en donde pastaban bueyes, vacas, cabras y ovejas flacas, guardadas por esquilados perros. A los prados sucedieron grandes selvas de pinos, por cuya espesa hojarasca cruzaban liebres, castores, martas y ardillas, zorras, osos y lobos. Despues desapareció el pino, para ceder su lugar al pinabete, y los ani-

males silvestres mostraron su pelo enteramente blanco.

Por último, desaparecieron á su vez los pinabetes, y con ellos los habitantes de las florestas; y en aquellas vastas y mudas soledades, solo se veía asomar de vez en cuando la inhiesta enana y el sáuce musgoso; sólo se oía el aleteo del águila solitaria, que cruza majestuosamente de un pico al otro pico.

En este tristísimo país de días lúgubres é interminables noches, no se ven pintorescas aldeas que disminuyan la severidad del cuadro.

Los Lapones carecen del mayor bien del hombre: no tienen casa ni hogar. Los habitantes de las montañas van errantes, fijando aquí y allá su domicilio, y erigen hoy tiendas que deben abandonar mañana, así que el escaso musgo se seque, así que los arroyos se congelen. El habitante de la costa, muda solo dos veces al año de vivienda.

Pero unos y otros construyen chozas miserables, de unos nueve piés de alto y doce de largo, formadas con seis palos, cuyas puntas se reúnen arriba, dejando, no obstante, un pequeño espacio por donde salga el humo. Estas viviendas están generalmente enterradas y cubiertas de cortezas de árboles.

El hogar consiste en unas cuantas piedras, y ocupa siempre el centro del chozajo. Las camas se reducen á unos maderos, puestos á los lados del hogar y cubiertos con una tela grosera. Sus utensilios constan de algunas cajas y canastos, dornajos de inhiesta, calderas y otras vasijas de cobre ó de bronce.

Así, pues, en aquellas desiertas estepas, lo único que revela la presencia del hombre, son las piedras ennegrecidas de los hogares que van abandonando, ó el ver deslizarse á lo lejos los trineos, seguidos de algunos rengíferos, cargados con los utensilios de las viviendas de sus dueños.

Los Lapones tienen el cutis moreno, el cabello corto, negro y lacio, las mejillas sumidas, la barba larga y puntiaguda, y un sello especial de resignada tristeza impreso en el semblante. Su estatura no pasa por lo regular de cuatro piés.

Van envueltos en un traje basto, que consiste en un gorro de lana, una zamarra con el pelo hacia adentro, un gaban de piel de rengífero con el pelo hacia fuera; en lugar de medias usan unos pantalones de paño ó piel curtida, y unas enormes albarcas por calzado.

Las mujeres visten casi del mismo modo que los hombres, diferenciándose sólo por algunos dijes toscos, y sus delantales de lienzo, tejidos en Rusia.

Para viajar llevan un capuchon de pieles que los cubre enteramente, no dejando mas que una pequeña abertura para respirar.

Fácil es, por lo tanto, comprender el extraño efecto que harán estos hombres reclinados en sus trineos, ó trepando á la cumbre de los montes con la ayuda de sus patines, remedando la lijereza del gato montés, ó bien, montados en sus rengíferos, atravesando lentamente los páramos cubiertos de nieve, en donde solo se ven aquí y allá algunas matas negruzcas, que asoman á los bordes de los rios inmóviles, mientras iluminan el sombrío paisaje los pálidos reflejos del crepúsculo.

Y, sin embargo, el Lapon alza todos los dias las manos

al cielo, y bendice á la Providencia, exclamando que su país es el mas bello de la tierra.

En efecto; ¿qué necesitan ellos para vivir y ser felices? ¡Nada! ¡Un árbol, un pez, un pájaro y un cradrúpedo! ¡En estas cuatro cosas ha encerrado la Providencia todo el bienestar de millares de habitantes!

El árbol es el abedul, que suele tener de veinte á treinta piés de altura. En su primera corteza halla el hombre vasos, cuerdas, vestidos y zapatos; en la segunda una especie de harina de la que puede alimentarse, y en el tronco, ya un aceite odorífico, ya un vino delicioso. Por último, con su madera fabrica trineos y canoas.

El animal es el rengífero, que tiene la lana y la leche de la oveja, la ligereza del caballo y el instinto del perro.

Después que le ha servido de acémila, después que le ha proporcionado alimentos, muere y es útil todavía.

De sus tendones se hacen hilos y cuerdas, de sus astas cucharas y otros utensilios domésticos, y su piel se aprovecha para los vestidos. El rengífero se parece mucho al venado, pero de menor corpulencia. Es notable por la elegancia de sus formas, la belleza de su encornadura, y la indiferencia con que resiste un invierno de nueve meses, alimentándose solo con un poco de musgo, que saca con sin igual destreza de debajo de la nieve.

Inútil es decir que el pez es la ballena. Con la piel de este cetáceo cubre el techo de sus cabañas, su carne les sirve de alimento, de las membranas de sus intestinos sacan una tela mejor que el algodón, de su lengua vestidos impermeables, y de sus huesos harpones, cuchillos, flechas y otras herramientas.

Es el pájaro, por último, un pájaro blanco, que viene de muy lejos, para despojarse allí de su mas fino plumon y cubrir con él las rocas. Encima de este blando lecho depone sus numerosos huevos, que no deben abrirse hasta la época del deshielo, y así el habitante de la Laponia halla sin esfuerzo una abundante cosecha de huevos, pájaros y plumas.

Con todo esto, ¿qué falta le hacen nuestros árboles, nuestros ganados, nuestras mieses?

Pero no le bastaba á la Providencia subvenir á sus necesidades materiales, quiso darles también su parte en los goces del espíritu; los Lapones tienen un pájaro maravilloso, llamado allí el Pájaro de las Cien lenguas, tan célebre por la belleza de su plumaje como por lo variado y armonioso de su canto; tienen para iluminar sus largas noches de invierno, que suelen durar dos meses y medio, los resplandores suaves de la luna y la espléndida aurora boreal, que dora los montes con sus fantásticos reflejos; tienen, por último, sus anchurosos rios helados, que remedan alfombras de diamantes.

Hasta el siglo XVII no vieron los Lapones elevarse sobre sus rocas la cruz del Redentor divino. Desde entonces numerosos Misioneros han procurado despojarlos de sus ridículas supersticiones; porque allí los unos tienen un gran gato negro, al cual confían todos sus secretos, los otros un tambor para llamar al diablo, y todos adoran al oso blanco, rindiéndole un culto fervoroso.

Son, no obstante, buenos, sencillos, capaces de abne-

gacion y sacrificio, y como prueba de esto, voy á contar un rasgo de un jóven llamado Kapti.

Una de las costumbres mas originales de aquel país, consiste en el modo de hacer los casamientos.

El jóven convida á sus amigos, á la mujer á quien ama, y á la familia y amigos de ésta. Cuando están reunidos en un campo, desafia á correr á su prometida, dándola de ventaja la tercera parte de la distancia señalada, y si ella llega á la meta antes que él, queda disuelto el compromiso. De este modo ninguna mujer allí está obligada á casarse contra su gusto, y todos los matrimonios suelen ser felices.

Kapti amaba apasionadamente á Isona; pero, ¿era amado de ella? Le decian que si los ojos de la jovencilla; pero para saberlo de cierto la desafió á la carrera.

La víspera del día en que debía verificarse la solemne prueba, me llamaron para auxiliar á un moribundo que acababa de abrazar el cristianismo.

Este era un hombre muy rico, llamado Niker, muy rico, supuesto que poseía una piara de mas de setecientos rengíferos.

Al lado de su lecho estaba Kapti anegado en lágrimas.

—¡Salvadle! me dijo con ahogado acento. ¡Hay tantas yerbas medicinales en el campo, y todas tan milagrosas! ¡Vos las conoceis!... ¡Vos podeis devolverle la salud!... Este es mi amigo, mi padre, mi único bienhechor sobre la tierra...

Ha sido el sosten de mis viejos padres, ha sido el apoyo de mis pobres hermanos, me ha recogido despues huérfano y abandonado!... Si se necesita la sangre de mis venas pedídmela! ¿Qué es lo que mas quiero en el mundo? ¡Isona! Pedídmela y os la daré, aunque deba morir luego!...

El pulso del enfermo era muy acelerado mientras el

jóven hablaba así; cuando pronunció el último nombre, se detuvo de repente.

Adiviné en todo esto un misterio del corazon. Cuando quedamos solos le pregunté, y el moribundo me lo confesó todo: su amor por Isona, su dolor al perderla, su imposibilidad de arrebatarla á un rival, á quien amaba como á un hijo.

—Soy feliz en morir! me dijo, dejo á Kapti mis utensilios, mis pieles, mis rengíferos.... ¡Le dejó la felicidad!

Salí de allí con el alma penetrada de dulce admiracion hácia el generoso y noble enfermo.

En la puerta de la cabaña halle á Kapti. Su semblante estaba pálido, sus ojos tenían un brillo siniestro.

—¡Lo he oido todo! exclamó con voz trémula. Luego repuso: ¿queréis instruirme en la religion cristiana? queréis que os siga en vuestro viajes? ¡Mañana partiremos!

Por mas que Isona al día siguiente quiso retardar su carrera, llegó á la meta antes que él, y el pobre Kapti, en vez de felicitaciones, recibió las burlas de sus compañeros.

Por la noche vino á buscarme á mi albergue: traía su capuchon y su herrado palo de viaje.

—Me llevo estas conchas que han pertenecido á Isona, este cuchillo que ha pertenecido á mi bienhechor, me dijo. ¿Me permitirá el Crucificado que guarde estas prendas, y las adore mientras viva?

—Dios es bueno, y bendice todos los afectos nobles, todos los sentimientos puros! contesté.

Aquella noche partimos.

Kapti vive todavía, y es el mas ardiente de los Misioneros, es el que con mas uncion siembra la palabra divina entre sus hermanos!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

FÉ, ESPERANZA Y CARIDAD.

La apacible primavera
Muestra su grata sonrisa,
Y levántanse las plantas
Con nuevas galas vestidas.

—Quién os sostuvo en invierno,
Esclama el aura benigna,
Quién en invierno os sostuvo
Inocentes florecitas?

El agua cayó á raudales,
Ronco el ábrego rugia,
Y la nieve y el granizo
Asolaron las campiñas.

¿Cómo firmes arrostrásteis
Esas borrascas impías,
Cuando abatidos cayeron.
Robles y fuertes encinas?—

—Oye y sabrás nuestra historia,
Nuestra historia peregrina,
Las dulces hijas del prado
Apacibles le replican.

Cuando el trueno amenazante
Por los espacios rugia,
Con pródigo instinto al cielo
Elevábamos la vista.

Si nos cercaba la niebla,
Esperábamos tranquilas
A que luciera de nuevo
El astro puro del día.

Si el hielo nos azotaba,
Con mútuo cariño unidas,
Dulce auxilio nos prestábamos
Dolientes y compasivas.

Asi hemos sufrido humildes,
Aguardando que propicia
A dar fin á nuestros males
La bella estacion vendria.—

—Y llegó para vosotras.

Alentad, flores benignas,
Que si en el dolor al cielo
Fieles alzabais la vista;

Si esperásteis ver la lumbré
Cuando la niebla os ceñía,
Y prestándoos mútuo apoyo
Vida os disteis compasivas;

Justo es que alcanceis el premio
Ya que humildes y sencillas,
Fé, Esperanza y Caridad
Escogisteis por divisa.—

Tal dice el aura. A las flores
Con tierno cariño mira,
Y sin cesar á su lado
Las leves alas agita.

Luego el aroma acogiendo
Que en el cáliz escondian,
Ráuda del polvo se aleja
Y hácia el cielo se encamina.

Dulces flores animadas,
Tiernas, inocentes niñas,
Escoged también vosotras
Esa celestial divisa.

Las tempestades del mundo
Ella piadosa mitiga
Y otra estacion os ofrece
De sempiternas delicias.

Ella el aura de la muerte
En aura trueca de vida,
Aura que al cielo conduce
Al alma que en Dios confía.

ANTONIO PRADO LAMARQUE.

LA HERMOSURA DEL ALMA.

(CONTINUACION.)

XIX.

En los momentos que siguieron á la inesperada reunion, el padre y la hija, igualmente felices, no menos alegres uno que otro, dirigíanse mil preguntas que se cruzaban con las respuestas. ¡Eran tantas las cosas que tenían que decirse!

Mr. Valency, sentado entre Matilde y Enriqueta, con las manos de las dos reunidas entre las suyas, manifestábase amable con la huérfana, sonreíala con bondad, y parecía dispuesto á servirla de segundo padre.

—¿Pero en qué consiste que Montreal no ha contestado á mi segunda carta? dijo Valency; yo escribí desde Londres y le advertía que me dirijiese la respuesta al Havre.....

—No hemos recibido mas que una carta, fechada en Boston hace ocho meses.

—Ese silencio, volvió á decir Valency, es imposible que os figureis lo que me ha hecho padecer. Cuando llegué al Havre y ví que no tenía carta ninguna en el correo no sé lo que pasó por mi cabeza..... Lleno de inquietud tomé la posta el mismo día, pero en el camino escribí otra vez á Montreal, previniéndole mi llegada con el objeto de no causarle demasiada sorpresa.

—¿Qué se habrá hecho esa carta? dijo Matilde; ¿es cosa extraña que no se haya recibido?

La puerta del salón abrióse bruscamente, y entró por ella Montreal seguido de su mujer.

Valency corrió á los brazos del amigo de su infancia, del compañero de su juventud, y los dos estuvieron largo rato abrazados.

Matilde saltó al cuello de Mad. Montreal, que la decia respondiendo á sus halagos.

—Dos cartas de tu papá nos han llegado á un tiempo: hemos venido á escape seguros de hallarle aquí.

Enriqueta, si bien agradecida y satisfecha del modo con que habia sido acogida por el padre de Matilde, guardaba cierta reserva tímida. Examinaba el rostro de Valency, cuya semejanza con su hija era notable; aquel rostro espresaba una noble franqueza, inspirábala respeto y simpatía..... pero al fin no dejaba de ser para ella un extraño.

¡A saber si tendria la fortuna de agradecerle como al doctor y á su mujer, ya que no participase del entusiasmo de su discípula y hermana de adopción!

Esta inquietud se disipó en breves horas; aquella misma noche, al concluir la cena, la interesante huérfana se convenció de que no podia estar mas en familia.

¡Qué hombre tan franco y tan bueno era el padre de Matilde!

¡Le hubiera creído el hermano de Montreal! Por la tarde Matilde y su tutor habian tenido una conferencia secreta; cuando se separaron, el rostro de Matilde revelaba cierto enojo, que admiró á Enriqueta: en dos años no la habia visto poner ceño.

—¿Qué tendria?

Por la noche, cuando las dos se hallaron solas, Matilde, sin aguardar á que se lo preguntara, la reveló el secreto de su disgusto. He suplicado á mi tutor que guarde silencio acerca de los malos procederes de mi tia, dijo, y mis ruegos no han podido vencerle. Dice que mi padre tiene derecho á saber todo cuanto ha pasado en su ausencia y guarde relacion conmigo. Mi tutor, añadió, sin que yo lo supiera, se ha ocupado de hacer una especie de diario; día por día cuenta en él lo que ha pasado; no se le ha olvidado el mas pequeño detalle..... Si solo se tratara de mis rarezas y tonterías..... ¡anda con Dios!... Lo de menos era que mi padre lo supiera; con eso podria estimar en todo su valor el bien que te debo..... Así te querria mas.

Enriqueta, enternecida, besó la frente de su generosa y agradecida educanda.

—Lo que yo siento, añadió ésta, es que mi padre sepa la conducta de mi tia, y el mal comportamiento de Paulina; temo que riña con su hermana..... y al fin en mis primeros años se portó bien conmigo.....

Además, ahora no es feliz; la herencia de su marido está en pleito..... La hija no la trata como se debe tratar á

una madre.... Me dá lástima de ella.... ¿No la encuentras muy digna de compasión?

—Sí, por cierto... pero eso no me impide que tu buen tutor tenga razón en lo que dice; tu papá tiene derecho á saber cuanto tenga relación contigo. Si ha escrito ese diario, ya ves, ¿quién más interesado en su lectura que tu buen padre?

—¡Vamos! ¡ya estás contra mí! Pues bien; sea lo que Dios quiera.... Mi papá es la bondad misma, y se hará cargo de que lo mejor es echar pelillos á la mar: si se necesita un abogado, yo lo seré de mi tía, y ese pleito á lo menos confío en que no se pierda. ¡La paz de la familia vale mucho, y el amor del prójimo no vale menos! Solo amándonos los unos á los otros podremos vivir felices, y yo quiero que mi padre y todos lo seamos aquí....

Al día siguiente, muy temprano, Valency acusaba á su hija con preguntas y más preguntas, y ésta eludía las respuestas diciendo: mi tutor os lo dirá todo, todo, se ha empeñado en ello!

Yo á nadie acuso, pero sí debo deciros que si algo bueno hallais en mí, es debido á mis tutores, y sobre todo á mi Enriqueta... los tres han tenido mucho que trabajar conmigo, mucho... A no ser por ellos, vuestra hija hubiera sido una criatura detestable; á no ser por mi hermana, os avergonzaríais de tenerme por hija... Pero bastante nos hemos ocupado de mis tonterías... Hablemos de vos, padre mío, contadme vuestros viajes, quiero saber todos los peligros que habeis corrido... para dar gracias á Dios, que os ha salvado y devuelto á nuestros brazos.

No es nuestro ánimo informar á nuestros lectores de las aventuras de Valency; solo diremos que habian sido muchas y propias de todo el que viaja dando la vuelta al mundo... Tampoco Valency juzgó del caso referirlas á Matilde aquella mañana...

—Dejaremos esa historia, dijo, para las veladas del invierno: ahora no quiero pensar más que en vosotros; en tí, querida mía, en tí sobre todo.

—Pero al menos, decidme por qué no nos escribáis.

Valency, abrazando á su hija, exclamó: Hice acaso mal, pero al perder á tu madre, temí perder el juicio, y abandoné estos sitios, dejándote al cuidado de mi hermana, que te debía servir de madre, de mi amigo, que velaría por tu conservación y el aumento de tu fortuna. Creí cumplir con eso el deber que me imponía el título de padre... Partí, y dos ó tres veces dí noticia de mí al bueno de Montreal; pero después, en mucho tiempo, me fué imposible hacerlo; cuando volví á países civilizados, quise daros cuenta de mi persona... Pero halléme comprometido á emprender otro viaje largo y peligroso. ¿A qué, dije, renovar la memoria de mi existencia? Si me han llorado por muerto, ya su dolor se habrá mitigado. Mi pobre hija no me conoce, ¿á qué hacerla pasar cuidados é inquietudes? Yo no podía decir adónde podría recibir cartas vuestras... Si no hubiera sido por eso, el egoísmo me hubiera hecho prescindir de toda consideración, y os hubiera tenido inquietos sabe Dios cuanto tiempo!

—¿Y pensais que no lo estábamos? dijo Matilde con viveza.

—Sé franca, hija mía, repuso Valency; ¿te acordabas tanto de tu padre antes de recibir la carta que á mi amigo

dirijí desde Boston, como después que supisteis que vivía?

—Me acordaba de vos muy á menudo, respondió Matilde; más de una vez lloré, creyéndome huérfana; pero es verdad, aunque triste, no sentía el ansia, los cuidados que sentí después al concebir la esperanza de abrazaros... y la duda de conseguirlo.

—¡Pobre, hija mía! exclamó Valency, besando la frente de su hija. ¡Yo no debí separarme de tu cuna! Primero el dolor... y después compromisos que son largos de contar, me tuvieron alejado de mi patria, y errante mucho tiempo al través de los mares y en los países más remotos. En mis largas navegaciones, contraí una enfermedad lenta y dolorosa que no me permitió dejar el lecho en más de dos años. Me hallaba entonces en Boston: la familia que me cuidaba era la de un negociante rico, con quien me ligaban relaciones de amistad y comercio: tenía dos hijas y una sobrina huérfana, con la cual hacía las veces de padre... Bien pronto tuve ocasión de hacer observaciones que me condujeron á reflexionar seriamente acerca del aislamiento en que te había dejado.

Me figuraba que acaso estarias como la pobre Betty, sola en medio de los tuyos... sin guía... sin protector, sin maestro que formara tu carácter, sin amigo que comprendiera tus penas y las consolara.

—¡Oh, padre! ¡padre mío! dijo Matilde sollozando, y escondiendo la cara en el pecho de su padre. Éste adivinó que su hija, por lo visto, había sufrido más que Betty; quiso preguntarla, y en aquel momento apareció Montreal con un manuscrito en la mano.

—Déjanos solos, Matilde, díjola su tutor. Enriqueta te aguarda en el jardín.

Matilde partió con el corazón oprimido.

—¡Pobre tía!... iba diciendo. ¿Quisiera quitarla ese disgusto; bastantes tiene ya la pobrecilla!

¡Oh, cuánto pueden la educación y el buen ejemplo sobre una índole generosa! ¿Quién hubiera reconocido en aquella noble y compasiva joven á la niña envidiosa, impaciente y llena de rencor, egoísmo y soberbia?

Su regeneración moral la había embellecido; la bondad, la nobleza de sentimientos, la verdadera generosidad, se pintaba de tal modo en su semblante, que no era posible mirarla sin sentirse atraído y dispuesto á quererla y bendecirla.

XX.

La lectura del diario de Montreal no produjo en su amigo el efecto que Matilde temía. ¡Era hombre sensato, y no pudo menos de culparse á sí mismo! Confiando á esa pobre niña en manos de una mujer tan frívola como mi hermana, decía entre sí, era consiguiente que la educara mal... Mi dolor fué justo, pero egoísta... si cumpliendo mi deber le hubiera dominado y permanecido junto á mi pobre hija, nada de eso hubiera sucedido.

Esto mismo repitió á Matilde y á Enriqueta, dando á ésta las gracias por haberle reemplazado.

—Nunca os agradeceré bastante lo que habeis hecho por mi hija, la decía, besándola la mano; os debe más que á mí,

yo la he dado el sér, pero vosotros le habeis dado una buena educacion.

—¡Oh, bendito sea el día que vine á esta casa! exclamó Matilde con trasportes de alegría y enternecimiento. ¡Bendita sea la hora en que las viruelas me arrebataron una hermosura en que fundaba toda mi vanidad!...

¡Pobre Paulina! ¡Me da lástima de que sea tan hermosa! Valency sonrióse con un poco de malicia, tomando la verdadera espresion de su sentimiento por un pesar involuntario y una ironía disfrazada.

Mas despues de unos días de intimidad, pudo conocer á fondo á las tres jóvenes, y entonces comprendió la razon que tenía Matilde para compadecer á su infatuada y envidiosa prima.

—Tu hermana es hermosa, la dijo un día que salió la conversacion, y no por eso tiene los defectos de Paulina.

—Enriqueta no era estremadamente bella cuando niña, repuso Matilde con viveza. No la adularon como á Paulina. Nadie la dijo que la hermosura era el don mas precioso que recibe la mujer... Su padre al revés... Matilde, al llegar aquí se calló repentinamente y se puso colorada, bajó los ojos, y no se atrevió á levantarlos hasta que su padre la dijo con bondad:

—¡Querida niña! Yo diré lo que tú no te atrevas á decirme. Lo que tal vez no te has dicho á tí misma. Su padre, que no se habia separado de ella, fué su preceptor, su mas

fiel amigo... ¡Vamos! Tu padre sabrá en lo sucesivo hacerte olvidar lo pasado.

Escucha, Matilde, la belleza es un don del cielo, don que si pudiera comprarse ó adquirirse, no habria mujer que no trabajara por obtenerle... Lo que sí es cierto, hija mia, es que la belleza moral es preferible á la belleza física; ésta, sin aquella, no hace feliz á la mujer; la prueba la tenemos en tu prima. Su desgracia no consiste, por cierto, en ser hermosa, sino en el orgullo que la inspira esa ventaja; ténlo presente... Si en lo sucesivo esa instruccion, esas cualidades que á tan alto precio has adquirido te granjean los aplausos del mundo, no las desvirtúes con el orgullo. Este, ora se funde, enhorabuena, en la hermosura del cuerpo, ora en la del alma, nunca deja de ser un vicio, y ese vicio es bastante á empañar el brillo de mil virtudes.

El regreso de Valency dió motivo á brillantes recepciones y animadas fiestas. Matilde, cuando menos lo esperaba, se halló en el centro de aquella sociedad que tanto miedo la infundia. Con grata sorpresa vió que todos la trataban con afecto, y no pocos la colmaban de aplausos y galanterias.

En Mont-Dor, como en Bath; en Bagneres, como en Spa, reúnen todos los años muchas personas ricas y desocupadas; unas van á tomar las aguas, otras á divertirse, y otras á probar fortuna. (*Se continuará.*)

MICAELA DE SILVA.

VARIEDADES.

RECOLETOS Y EL PRADO.

Ojos que no ven, corazon no quiebran. Esta es una gran verdad.

Los que hayan visto el año anterior en los jardines de Recoletos aquellos bulliciosos y sonrientes grupos de mujeres hermosas, que cruzaban á los rayos de la luna envueltas en sus velos blancos; los que hayan presenciado una vez siquiera aquellas filas misteriosas; aquella preferencia insistente; aquella moda de pasear en las tinieblas, de suspirar entre las hojas; de amarse bajo un árbol; de confiar un secreto á las flores; de acudir, por fin, á Recoletos, no pueden menos de mirar con cierta especie de amarga tristeza el abandono en que se encuentran este año tan encantadores jardines.

Me direis que en los jardines hace calor, que hay estrechez, que no es un buen paseo. Y yo pregunto: ¿los jardines de Recoletos del año anterior, no son los mismos jardines en el presente año? El año anterior se preferian, se buscaban, se deseaban. Este año, se abandonan, se olvidan, se desprecian.

Aquí hay una mano oculta. Una mano que todo lo alborota, que todo lo altera, que todo lo deshace y que todo lo trastorna á su capricho. Esta mano es la Moda.

Esta transformacion repentina; esta metamorfosis inesperada, este cambio radical, merece un ligero estudio, y vamos á intentar hacerlo.

El Prado es un salon, ha dicho en nuestro número anterior una elegante revistera de *EL CORREO DE LA MODA*.

Aquello es una especie de *soirée* popular, donde el amor es mas hipócrita, la coquetería mas estudiada, los trajes mas espléndidos, y mas rigurosa la etiqueta. El Prado es una tertulia de buen tono.

El Prado es la multitud, la confusion, el segundo tomo de la Fuente Castellana, que ha trasladado allí sus mujeres, sus coches, sus perfumes, su sello de grandeza. Esto es, las noches del Prado son las tardes de la Castellana.

La Moda siempre pica muy alto. Sus caprichos son nubes momentáneas, nubes de un día, que por lo mismo que son nubes, se forman allá en la altura.

El tilburí, el cabriolé, el guante blanco y el traje deslumbrador, parece que nacieron para el Prado.

El tilburí no podria nunca correr parejas con la silla de Recoletos.

Una gran dama, que ha duplicado su efígie durante todo el día en el cristal lisonjero de su tocador; que ha realizado el maravilloso secreto del elixir; que ha estudiado colores y perfumes, aguas y esencias, cintas y flores, no puede ahogar sus encantos en las sombras, no puede buscar sus medias tintas, necesita luz, necesita corte, necesita admi-

radores, necesita un asiento en el carruaje y un lugar en el Prado.

Esta dama es la Moda.

El Prado es la luz, Recoletos es la sombra. El Prado, es el lujo, Recoletos es el amor.

Llevar á Recoletos una gran dama del Prado y tendrá miedo de la oscuridad. Llevar al Prado una pareja de Recoletos, y os convencereis de que les aturde la confusion y de que les hace daño la luz.

Ya lo dijo un poeta:

Cuando sale la noche

Llena de estrellas,

Las mariposas giran

En las tinieblas,

Porque en las sombras

Mas á gusto se miman

Las mariposas.

Explicacion del Figurin, núm. 822 bis.

Núm. 1. *Cuerpo Isaura*, de muselina blanca, bullonado y adornado por bieses de seda verde, figurando tirantes los del hombro por delante y por detrás; cuello de seda y mangas lisas, adornadas de biés y puntilla en el bajo, y de bullonado separado por bieses, por arriba.

Núm. 2. *Cofia* de encaje guipure de Irlanda, montada en ala de cinta, orillado el fondo de dos guarniciones, y sobre ellas un lazo de cinta rosa con cabos flotantes.

Núm. 3. *Gorra* de mañana, de muselina, con la parte de adelante lisa y el fondo rizado: un encaje guarnece el ala lisa, y una cinta morada, forma diadema de lazadas, rematando en lazo por detrás bajo el fondo. Bidas de muselina.

Núm. 4. *Cofia siciliana*, de rico guipure, armada sobre un retorcido de cinta, en la que va fija una barba de encaje que desciende flotante por los lados.

Núm. 5. *Fichú* de tul bullonado, formando punta por delante y por detrás, con todo el borde además ondulado. Este fichú es de tul blanco, separados los bullones por terciopelos negros, y terminado por un bullon ancho entre dos terciopelos cubiertos de guipure, y encaje al canto.

En el Prado encontrareis á las mujeres que se visten. En Recoletos á las niñas enamoradas. Un árbol de Recoletos acaso podrá contaros la historia de una pasion. Un reverbero del Prado podrá hablaros mas fácilmente de una cantidad maravillosa, que sumándola, os dará este resultado. Un traje.

Y verdaderamente la fresca anchura de aquel salon, sus luces, su majestuosa grandeza, convidan al brillo, á la pompa, al lujo.

Por el contrario, los jardines de Recoletos, con sus brisas suaves, con sus fuentes tranquilas, con sus ramajes tristes, convidan al amor, á la reflexion, á la melancolía.

Entendelo mejor, lectoras queridísimas, el Prado es el exterior de una mujer hermosa, Recoletos el laberinto de su corazon.

A. F. GRILLO.

MODAS.

Núm. 6. *Fichú* de puntas cuadradas, que se cruzan una sobre otra, todo de encaje Chantilly, redondo de atrás y á propósito para un traje de seda.

Núm. 7. *Paletot* de muselina para traje de campo, adornado de entredoses con cinta azul alrededor, que figuran berta cuadrada; lleva además alrededor una guarnicion bordada y otra cinta encima, adornando la hombrera guarnicion y entredoses el bajo de la manga.

Núm. 8. *Cuello-gola*, de tul bullonado y cortado por presillas de terciopelo: *manga* igual.

Núm. 9. *Cuello* de holanda, para casa, de forma *marine-ra* exacta. Este cuello, de grandes dimensiones, no lleva otro adorno que un cordon grosella de seda encima, anudado en lazo, cuyas puntas rematan en bellotas. *Manga* con vuelta y adorno semejantes.



Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID. — 1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo. — Olmo, 14.